

NOVELAS AMERICANAS.

LA CHIRIGUANA

POR

JOSEFINA PELLIZA DE SAGASTA.

ANACOANA

POR

TEMÍSTOCLES AVELLA.

LA ROCA DE LA VIUDA

POR

RICARDO ROSSEL.

REGALO DE **LA ONDINA DEL PLATA**

Á SUS SUSCRITORES DE 1877.

BUENOS AIRES,

Imprenta y Administración,

Santiago del Estero 176.

1877.

LA CHIRIGUANA.

(NOVELA ORIGINAL)

POR

JOSEFINA PELLIZA DE SAGASTA.

Dicen que no hay estímulo, los que pudieran dirigir el movimiento literario en nuestro país. No lo creemos: también antes de fundarse LA ONDINA se decía que era imposible sostener un periódico de su carácter: tres años de existencia demuestran lo contrario.

Estas ideas vienen á nosotros, apropósito de este volumen. Pensábamos al fundar LA ONDINA DEL PLATA trabajar arduamente por el fomento de la literatura nacional y colombiana.

Sin descanso, hemos venido cumpliendo fielmente nuestro programa. Respondiendo á él, anunciábamos al empezar el año 77 que daríamos á fines del mismo, un volumen de NOVELAS AMERICANAS.

Contábamos con el patriotismo de los escritores y creíamos posible la tarea.

El tiempo nos ha desengañado; pero algo hemos hecho sin embargo.

Tres literatos americanos, han correspondido á nuestro llamado.

Los hemos enlazado por un vínculo estrecho: las páginas del libro, de un libro modesto.

No perdemos la esperanza, de que otra vez, la obra será menos imperfecta.

Á los colaboradores de la presente, les agradecemos su eficaz concurso.

EL EDITOR.

Enero de 1878.

I.

SORA.

Es la tarde; el sol descende perezosamente y su disco de fuego casi extinguido se refleja en el ocaso coloreando al cielo con el postrer destello de su agonizante luz.—La selva como adormida en esa hora misteriosa, llena de melancólica frescura, agita débilmente los espesos matorrales y las blancas cabezas de los plateados penachos.

Estamos á orillas del gran *Chaco*. El Bermejo con sus parduzcas é indefinidas ondas, rey grandioso de aquellas vírgenes tierras, se desliza sobre su cristalizado lecho, perfumando sus corrientes con las raíces aromáticas que se crían á su márgen.

La naturaleza enmudecida por lo imponente de la hora no la interrumpe un solo grito humano, el calor de aquel día ha sido sofocante y aquellas regiones abrasadas por un sol de fuego que quema con sus ardientes rayos hasta las arenas del desierto, parece que reviven al tibio beso del crepúsculo de la tarde, aunque silenciosas y marchitadas por la lucha anterior.

Cuando sobreviene la noche y rasgando el éter lanza sus rayos la luna sobre las abrasadas márgenes del Bermejo, alzan sus mústios cogollos las palmeras y las flores del caire, blancas y febles como una ala transparente de mariposa, desatan sus delicadas hojas, abren su corola perfumada y raudales de aroma em-

briagadora se mezclan á la brisa tibia de voluptuosidad; las aves no arrullan, llevan el pico entreabierto de calor y buscan saltando de rama en rama un sitio fresco y perfumado, solo la feroz *Ayarú* de brillantados anillos y distintas formas y colores se arrastra suavemente dejando su rastro impreso sobre la tostada arena, de cuando en cuando un silvido de finísima vibracion entreabre sus fauces comprimidas, algunas veces busca su cueva que abandonára al medio dia, otras se enrosca al tronco añoso de algun higueron y adherida á la corteza parece un tallo monstruoso de verdosa yedra.

El Bermejo hoy es navegable, la gran obra de canalizacion ha dado su resultado, vapores de regulares dimensiones cortan sus aguas; la explotacion se acerca y muy en breve aquellas vírgenes comarcas serán el gran emporio de la riqueza americana: los moradores de Oran y demas pueblos adyacentes esportarán sus caudales de riquísimos productos: la azúcar, el café, el tabaco, el arroz, el aguardiente y otros muchos puros y legítimos vegetales que hoy son realizados en Chile á un ínfimo precio; pronto, serán exportados á Buenos Aires donde los preferiremos á los que nos traen de Europa haciéndolos pagar á precios fabulosos sin que ellos sean tan ricos y puros como los que nosotros poseemos.—El Bermejo es hoy navegable, recorren sus hermosas costas hasta la desembocadura del San Francisco (rio temible por sus soberbias corrientes) vapores exploradores como el “Eden”, el “Leguizamon” y otros; mas en la época en que nuestra historia sucedia, solo rizaban sus tranquilas ondas las quillas ligeras de pequeñas embarcaciones diestramente fabricadas por los indígenas Tobas, Matácos y Chiriguanos, distintas tribus de indios hoy mansos y de los que se emplean en la elaboracion de azúcar en los ingenios y haciendas de Oran; aquellas canoas eran fabricadas con gruesos troncos de árbol que ellos aunque groseramente labran, dándola la forma regular de una pequeña lanchita.

En la tarde de que hablamos, una ligera canoa de palmeras se deslizaba aguas abajo hácia el Chaco, impelida por la corriente, muy fuerte en las sinuosidades del rio, era arrastrada como una

débil caña, á veces se ocultaba por completo y luego confundida con las espumas volvía á reaparecer cruzando con rapidez sobre los bancos y los remanses. Un jóven indio esbelto y vigoroso manejaba la embarcacion; no llevaba vestido, estaba casi desnudó, y solo le cubría de la cintura al muslo una manta pequeña de vivos colores tejida con hilo de cáñamo y hojas de timbó, su crespo y grueso cabello lo sujetaba rodeando la cabeza á la altura de la frente una especie de cinto matizado con plumas blancas y azules; aquella vestidura era extraña pero se armonizaba perfectamente con la hermosura salvaje del indio: era alto, de formas hercúleas, sin ser grueso, la tez dorada, los ojos negros rasgados, y de expresion fiera y decidida; un bozo negro y brillante adornaba su boca gruesa y de encendido color, tenia la nariz recta y algo dilatada en las inspiraciones, su frente ancha y bronceada era altiva, sañuda y ligeramente contraida en el seño, las azuladas venas de sus brazos y pecho, se transparentaban á traves de la fina epidermis como se transparentan los nácares en el fondo de los estanques. Dalma era valiente, hermoso y su sangre pura, no era cacique, no pertenecía á las tribus del Chaco, su nobleza le habia sido legada por sus antepasados, de una raza antigua y guerrera, era Inca.

Sentado, ó mejor dicho, reclinado en el fondo de la pequeña embarcacion, su pensamiento se adormecia en una dulce contemplacion, sus mejillas varoniles se sonrosaban suavemente y sus pestañas aterciopeladas se unian al entornarse sus ojos mientras la brisa de la tarde jugueteaba con sus negros risos; parecia adormecido en un éxtasis divino.—Sora!—dijo de pronto con acento puro español; Sora, me espera!—en aquel momento la canoa detenida entre las redes de un matorral acuático dió una violenta sacudida y el indio vuelto en sí de su inefable arrobamiento se incorporó perezosamente, cogió el remo y dándole un violento impulso con sus vigorosas manos cortó las entretejidas raices volviendo á deslizarse la canoa como un cisne entre las aguas. Algun tiempo despues el indio púsose de pié, atracó á la costa y saltando ágil y ligero como un corso se alejó internándose en la isla, no sin haber antes amarrado su esquiife á la raiz de un

sarandí; á medida que avanzaba su paso se hacia mas corto, casi no se sentia, ni el gemido de la ojarasca seca percibíase; tal era lo leve de su pisada: andaba de prisa pero con estremada precaucion cual si temiera ser sentido; su mirada recelosa, escudriñaba persistente el seno de cada matorral, de tiempo en tiempo se detenia, parecia escuchar, luego aplicaba el oido á la tierra y alzándose en seguida volvia á andar con mas apresuramiento, á unas cien varas de la costa se paró, un cerco formado con laureles cubierto de sus rosadas flores, cerrábale el paso, pero era allí sin duda el término de su jornada porque entreabriendo las ramas brillaron sus ojos buscando con avides dentro del cercado, al propio tiempo llevó su mano á la boca y con admirable semejanza imitó el triste canto del urú—y luego casi tendido sobre la yerba esperó ansioso. Un eco dulce y cadencioso, el canto de una ave ó la voz de una mujer llegó hasta el indio, su rostro se encendió, sus ojos se iluminaron con un reflejo inefable y lanzándose á la carrera penetró al cercado, acercóse á una choza de mimbres y palmeras casi oculta entre los árboles y sus ojos y su corazon ansioso bien pronto descubrieron lo que buscaban.

Bajo un gran árbol de frondosa copa y caprichoso tronco, cuyas hojas semejante á las del plátano, prestaban una sombra y fresca deliciosa se veia una estera de juncos en forma de hama-ca, en cuyo interior perezosamente recostada se adormia arrullada por los murmullos de las auras de la tarde una jóven indígena de peregrina belleza; aquella jóven india era Sora, el sueño puro y de Dalma: un manto blanco, especie de tipóy, cubria en parte sus hechiceras formas, dejando descubiertos sus brazos, el nacimiento de su seno, sus formas, como su rostro tenian ese color nítido y transparente que sin ser blanco constituye un encanto irresistible que solo las razas indígenas poseen, sus ojos grandes, negros y enardecidos, con una expresion de apasionada ternura, eran rasgados y húmedos como un rayo de luz á traves del rocío de la áurora, tenia la boca pequeña, fina y delicada, tan encendida como una flor de granado, el cabello abundoso, negro y desenvuelto, cubríale en parte las desnudas formas semejantes á un tipóy de luto; aquella hermosa cabeza parecia

rodearla de un destello azulado que la envolvía en un círculo luminoso producido sin duda por la negrura intensa de su cabello. Sora, la india Chiriguana, era bella como una hurí del séptimo cielo!

—Sora! Sora mia!—dijo el indio prosternado ante la hermosa jóven,—aquí está tu esclavo.

—Dalma!—exclamó ésta incorporándose,—por qué vienes tan tarde? tu Sora, has llorado? tú, Sora, has llorado—¡ Mi Sora ha llorado! ¿y por qué?

—Porque ha pensado que Dalma la olvidaba.

—¡ Olvidarte!! por el gran Pachacamac, luz de mis ojos; no sabes tú que Dalma no te olvidará jamás? que tú eres la blanca estrella de su destino.—La jóven se sonrió con orgullo, asió por una mano á Dalma y descendiendo de la estera.—Ven, le dijo, atrayéndolo hácia el pié del gran árbol.

—Siéntate á mi lado, tengo mucho que decirte.

—Oh! yo tambien, pero antes quiero mirarme en tus negros ojos, quiero aspirar el ámbar de tu puro aliento mas rico y fragancioso que la flor *virgen*.

Dos lágrimas brillantaron la negra pupila de la india.

—Te amo rey mio!—murmuró dulcemente;—pero el grande espíritu se opone á que sea tu esposa.

Dalma se estremeció; una palidez mortal cubrió sus tostadas mejillas.

—¿Qué digiste?—articuló.

—Digo, que no seré tu esposa, porque el grande espíritu se opone á esa union.

—¿Qué no serás mi esposa!

—¡Nó!

—¿Y tú dices que amas á Dalma, Sora?

—Sí, lo amo mas que á mi vida, y para probarle mi amor daría toda la sangre de mis venas, pero hay una voluntad superior, que revelada por la boca de un anciano me ordena que te olvide, que huya, por que tu amor traerá espantosos desastres á la tribu y hasta me ordena, que antes de ser del hijo del sol me parta el corazón.

Dalma alzó su frente con orgullo, la sangre generosa de sus

antepasados subió en torbellinos hasta su cabeza; las palabras de Sora le habían herido en mitad del corazón.

—El Inca es noble,—dijo con arrogancia,—el Inca te ama pero tú prefieres á los hijos de tu tribu; mira Sora, tú eres la virgen mas hermosa y pura que han visto mis ojos, las mujeres de mi país no son tan bellas como lo eres tú, los soles de la noche se ocultan avergonzados cuando la brisa orea tu frente, las flores se inclinan cuando se yergue tu gallardo talle mas leve que las flexibles palmeras de la selva, cuando se mueven tus labios Sora, tu voz es una música del cielo, cuando me envuelves en la luz de tu mirada desfallezco de amor y sus destellos enardecidos como los rayos del sol de tu patria empalidecen á la luna que te mira con envidia, yo te amo Sora, y la atracción de tu recuerdo conduce á Dalma hasta tus piés; pero Dalma no verá mas tus encantos, Dalma no es amado por su reina, Dalma no te volverá á ver, adios Sora, el inca no traerá desastres á tu tribu, adios para siempre.

Sora no se movió.

—Adios!—repitió Dalma alejándose con los ojos bañados en lágrimas.

Entónces la jóven se puso de pié, dió un grito supremo y corriendo hácia su amante lo enlazó por el cuello con ambos brazos, su boca inocente, ávida, buscó por vez primera y como una revelacion del sentimiento de su alma la boca del indio; en aquel beso desesperado se trasmitieron sus almas,

—Sora!—balbuceó Dalma.

—Dalma!—repitió Sora.

—¿Me olvidarás amada mia?

—Antes me revelaré contra el que me mandare semejante crimen.

—¿Y el gran Pachácamac?

—Oh! qué importa, por tu amor prefiero que mi alma vague maldita en la soledad de los bosques.

—Huyamos, Sora de mi alma, huyamos y léjos de tu tribu seremos felices en una choza solitaria que yo tejeré para guardarte á tí; oh! ven reina del sol y de mi vida, ven, mi esquife está

cerca, yo te llevaré en mis brazos, no perdamos tiempo.

Sora vaciló, el acento insinuante de Dalma arrulló por un instante su pensamiento y sin poder rechazar el encanto, sentia ya vencer su voluntad debilitada por el amor, cuando el sonido bien conocido para ella de una flecha voladora cruzó silvando sobre la cabeza de su amante, y en el mismo instante como brotados de la selva aparecieron grupos de indígenas armados de flechas y voleadoras de piedra.

—Huye!—gritó Sora pálida y aterrada,—huye Dalma mio.

El jóven se sonrió con desprecio.

—El Inca no huye—dijo—el Inca muere como los valientes y no se rinde jamás ante una tribu salvaje.....

Los indios en tanto con las flechas levantadas las alzaban en actitud de lanzarlas, cuando Sora abriendo sus brazos y cubriendo con ellos el cuerpo del Inca, volvió á los indígenas el rostro sereno por un esfuerzo supremo, y en un extraño lenguaje, quizá guaraní, y el que Dalma no comprendió, les dijo algunas palabras acompañadas de gestos y ademanes. Los indígenas se prosternaron bajando las flechas, hundieron el rostro entre la yerba mientras que el mas anciano de ellos les decia:

—Hermanos, Sora nos ordena que respetemos al extranjero.

La mirada feroz y dilatada de los indios cayó sobre Dalma como una amenaza de muerte, pero al mismo tiempo con voz sumisa y muestras de respeto, dijeron todos á una voz poniéndose en pié:—Sora manda, que así sea.

Y huyeron todos en tropel.

—Vamos,—dijo Dalma, enlazando con su brazo la breve cintura de su amada,—vamos Sora.

La jóven se hizo atras.

—No puedo,—exclamó con energía,—tengo un padre anciano á quien no debo abandonar, seria una infame, no, jamás; huye Dalma mio, no puedo seguirte.

—Adios,—balbuceó Dalma con profundo desaliento sin insistir ya,—piensa en mí—agregó—y cuando el sol haya dado tres veces su carrera en los cielos espérme, adios.

—Adios,—murmuró en su oído Sora con atento lúgubre apar-

tándose, y luego deteniéndose en la orilla del Bermejo donde quizá temia una traicion de los indios, quedose largo rato con los ojos fijos en el esquife en cuyo centro de pié empuñando el remo se percibia á la luz indecisa de la oracion, la figura atlética de Dalma, mas de una vez, diciendo adios á su amado agitó con fuerza en el aire una enorme hoja de palmera, que el Inca percibió contestando al saludo con su turbante de plumas.

Sora se alejó de la orilla.—Adios para siempre—repitió llorando,—yo no te veré mas, Dalma, Dalma mio, te he perdido, y la jóven volviendo siempre el rostro bañado de llanto hácia á un punto oscuro que se percibia entre las vueltas del hundoso rio, se dirigió al cercado, llegó á su estera y volvió á tenderse en ella pensando en Dalma.

II

EL FALLO DE LA LOCA.

Era la media noche.

La luna clara y argentada aparecia por intervalos rasgando los agrupados nubarrones que decoraban el cielo, su luz como un rocío bienhechor inundaba por instantes la selva y á su reflejo se veia en los lindes de un espeso bosquecillo una rústica choza de palmera acabada con hojas de Yatay, y á su puerta sentados en círculo sobre gruesos troncos de árbol algunos indios todos respetuosos con muestras de gran sumision.

Á algunos pasos de distancia y en opuesta direccion estaba Sora amarrada por el talle al tronco gigantesco de una palmera añosa, tenia el rostro pálido, el cabello suelto cubriendo con él las delicadas formas que el tipoy dejaba descubiertas, los ojos bañados en lágrimas silenciosas y las manos unidas sobre el seno con actitud ferviente y resignada. El mas anciano de los indios se puso de pié—Yancatriz, dijo, dirigiéndose á un cacique anciano pálido y contraído,—tu hija Sora, nuestra hermana, es culpable, ha perjurado las leyes inviolables de nuestra tribu.

Yancatriz inclinó la cabeza sin replicar.

—Hermanos;—volvió á decir el jefe indio—Sora, la mas hermosa vírgen chiriguana, ha pisoteado á su antojo nuestra ley, ha amado á un extranjero, al hijo del sol.—

—Su nombre,—dijieron todos á una voz.

—¡Dalma!

—Tu prueba,—exclamó Yancatriz pálido como un cadáver.

—Nuestros hombres la han sorprendido ayer á la puerta de tu misma choza, sus flechas debieron enterrarse todas en el corazon del traidor, pero Sora mintiendo le salvó la vida, tu hija es criminal.

Yancatriz se puso de pié, quiso hablar pero no pudo.

—Si el hermano duda, dijo el indio que ántes hablara—veinte hombres hay de testigos, interróguelos.

—No quiero tus testigos,—dijo el cacique crispado por una desesperacion infinita, mi hija no sabe mentir, á ella se lo preguntaré.

—Ella no te dirá verdad.

Yancatriz se sonrió con desprecio.

—Sora, hija mia— dijo dulcemente apróximándose á la jóven—es cierto lo que mis hermanos dicen, que ayer nuestros hombres te han sorprendido con el hijo del sol.

—Cierto, padre, yo he mentido para salvarlo de una muerte segura, los feroces Tobas respetaron mi voz creyendo mi palabra y yo fui feliz salvando á mi amado.

Yancatriz se dejó caer exánime, su desgraciada hija estaba convicta y confesa.

—Ya lo vez,—exclamó el jefe anciano,—ella lo declara.

—Nos llama feroces dijeron algunas voces.

—¡Que muera!

—Sí; que muera,—repitió el indio jefe, su castigo será ejemplar, es la única mujer de nuestra tribu que ha olvidado nuestras leyes y amado á un extranjero, ha faltado y va á morir.

El anciano tomó una fina varita de madera negra, dura como una ballena y golpeó con ella en una enorme piedra que descansaba á su lado, un eco plañidero, una vibracion finísima pobló la selva, cual si fuera el tañido de uná campana de oro,

pasaron algunos momentos, el ruido que producen las ramas al apartarse y al mismo tiempo el paso de una persona al cruzar sobre la maleza, se dejó oír.

Una mujer apareció, llegóse al árbol en que estaba amarrada Sora y parándose ante ella, miróla con feroz complacencia, luego avanzó, y se detuvo ante el consejo.

—¡Es la hija de Yancatriz! dijo.

—Sí, contestó el indio, es mi hija; ¿qué quieres?

—Que muera.

—Y morirá, dijeron todos á una voz.

—Cuando? interrumpió el jefe.

—Mañana cuando haya terminado el sol su carrera, cuando su último rayo se haya ocultado en las nubes, Sora arderá en la pira como ardió tu hija en la choza.... y Farú con la mirada dilatada y fosforecente se volvió á Yancatriz, quedóse un instante insimismada y luego una risa satánica de horrible complacencia contrajo su hundida boca.

Yancatriz, dijo al indio convulsivo de ódio y de dolor—Sora, es tu hija, la hija de la cristiana.

Sora ha sido perjura á las leyes de la tribu, el incá la ha hechizado, debe morir.

El indio habíase cubierto el rostro con ambas manos y gruesas lágrimas corrieron de sus ojos.

—¿El hermano se opone al fallo de la sabia Farú? dijo el jefe interrogando al infeliz padre.

—No; dijo este, cúmplase la voluntad del grande espíritu, pero Yancatriz quiere morir con su hija.

—¿Que dice mi hermana? preguntó el jefe á Farú.

La loca llevóse el dedo á la frente, pensó un instante y luego con diabólica complacencia dictó.

—No, él vivirá, así me lo ordena el grande espíritu, cúmplase mi voluntad dice y se cumplirá. Sora tiene que morir y morirá sola, quemada y arderá entre las llamas como ardió mi Li-ja, Yancatriz tendrá que sufrir como sufrió Farú, y la loca perdiendo por completo la lucidez anterior, las llamas, dijo, el fuego, la choza, te acuerdas? si como mi hija arderá tu hija, como sufrió

Farú sufrirás tú y lanzando una carcajada hueca que repitieron los ecos se alejó perdiéndose confundida entre la niebla.

Diremos algo de Farú, aquella mujer era considerada entre las salvajes tribus del Chaco como una especie de sacerdotiza iluminada por el grande espíritu y sus palabras muchas veces dictadas por la demencia era para los indios la palabra de Dios. En sus primeros años debió ser hermosa, pues conservaba vestigios de una antigua belleza evaporada por el tiempo y la demencia. En sus grandes ojos de intenso negro lucia con frecuencia un rayo de insaciable malignidad.

—La historia de Farú era mas bien una tragedia espantosa con todos sus detalles y de lo que apenas narraremos algunos episodios que se relacionan con lo que aquí escribimos.

Farú era hija de un gefe Chiriguano, indio prestigioso y respetado; á los diez y siete años, la jóven india amó con toda su alma á Yancatriz, cacique Toba, valiente y querido por las tribus vecinas, sobre todo por *Imácue*, padre de Farú; la jóven fué esposa de Yancatriz y este que solo amaba en ella la pureza de sus encantos, se hastió bien pronto de ella así que la hizo suya, algun tiempo despues Yancatriz en sus largas correrias por las costas paraguayas, cautivó á una jóven cristiana y despreció por completo á su esposa que lo amaba tiernamente. La bella Farú comenzó á odiar á Nina, pero madre de una hermosa niña, fruto de amor en un año de matrimonio, se resignó á sufrir por esa ternura que hasta en la mujer salvaje se dispierta cuando es madre. Farú era esclava de la cristiana, esto es de la amante de su esposo y si se hubiera resistido, Yancatriz la hubiera muerto en el acto. Farú sufría todo género de atrocidades esperando con fé en el término de sus dolores. Una tarde fatigada y llorosa regresaba sola á su choza, cuando el olor acre de la yerba seca quemada trajo hasta ella, el viento de la tarde, buscó con la mirada y sus ojos descubrieron un resplandor rojizo que se alzaba sobre la selva subiendo hasta las nubes en negras columnas de humo; Farú apretó el paso, de pronto arrojó un agudo grito.

—És mi choza, dijo y como un rayo se lanzó á la carrera en direccion al incendio.

La infeliz llegó jadeante, vió arder su choza y solo un grito de espantosa desesperacion se exhaló de su pecho.

—Yancatriz, salva á nuestra hija.

Pero el criminal de pié, á la luz rojiza de las colosales llamas, se sonrió cual si aquel grito de supremo dolor complaciese su alma.

—Yancatriz volvió á gritar sacudiéndole el brazo, salva á nuestra hija.

El mismo silencio respondió á la infeliz madre, entónces precipitándose entre las llamas.

—Maldito seas entrañas de jaguar! dijo y desapareció en un torbellino de fuego, dos veces se oyó un grito desesperado que repetia:

Mi hija! mi hija! despues, nada un silencio fúnebre, solo interrumpido por el chisporroteo del fuego.

Yancatriz con la cristiana asida de la mano, sañudo, impasible miraba el centro de la encendida pira, creyendo percibir el rostro de su víctima contraído por una agonía espantosa. De pronto una carcajada histérica dominó el horror de aquel cuadro horrible.

Farú con la larga cabellera destrenzada y ardiendo en partes, con el cútis quemado, horriblemente fruncido, se lanzó puñal en mano sobre la cristiana cautiva y dando con ella en tierra, la oprimió convulsiva en sus brazos.

—Muere perra infiel, dijo y enterró en el corazon de Nina el puñal hasta el mango, Yancatriz arrojó un agudo grito, se precipitó sobre el horrible grupo, pero ya era tarde. La loca ébria por el odio y enardecida por el insoportable dolor de sus heridas, dejó á la cristiana ya cadáver y se precipitó hácia él indio estático ante el cadáver de Nina.

—Tú tambien, dijo, sacudiendo su larga cabellera enrojecida con la sangre de su rival. Tú tambien, muere, y tomando al indio con sus brazos lucharon ambos un segundo, por fin cayeron en tierra, revolcáronse un instante mas, en un pugilato repugnante, pero la madre loca prestándole una fuerza superior, el deseo de la venganza y la desesperacion infinita de que estaba poseida, venció: acertóle una feroz cuchillada al indio, sofocado ya por la presión de una mano de Farú que oprimia

su garganta y arrojando un grito de dolor llevóse las manos al costado izquierdo donde Farú lo hiriera: esta se alzó. Malditos sean por una eternidad, dijo, y dando con el pié á ambos cadáveres, desapareció de allí presa de un estravio delirante, mientras que entonaba con voz lúgubre y tristísima un arrullo interminable entremezclando á sus notas el nombre de su hija, Lila.

Sabido es, que entre todos los indios del mundo, los locos les inspiran un respeto soberano y en aquellas tribus salvajes Farú ya poseída de frenéticos accesos, ya en frecuentes y lucidos momentos fué mirada con supersticioso terror; la creían enviada del cielo y que el grande espíritu dictaba sus palabras. Los jefes en sus consejos como en las guerras consultaban á Farú y ella decidía, aplicando el fallo, como en el caso de Sora.

Farú, pues, era una especie de sacerdotiza divina, cuya profética palabra dictada muchas veces por un raptó de demencia, era escuchada con fanatismo por los indios siempre dispuesto á creer lo sobrenatural, lo maravilloso; su palabra iluminaba el porvenir y predicando el destino de los pueblos era el ídolo de las tribus.

Fáltanos decir que Yancatriz milagrosamente salvado fué restituido, á la vida despues de la herida mortal que le infiriera la loca.

III.

REVELACION.

Ha amanecido un dia triste y nublado. La niebla evaporándose de los profundos valles cubre la vírgen selva como un sudario colosal.

Es el dia del suplicio, y Sora, la hermosa india, vá á ser pasto de las llamas. La naturaleza entera parece resistirse á tan bárbaro espectáculo y casi inanimada ha enmudecido en sus mas dulces armonías. El sol ocultando sus rayos de oro envuelve á la selva en raudales de blanquísimos vapores, menos blancos sin embargo que el alma casta y purísima de Sora. Las palmeras, esos árboles tan poéticos y bellos que cruzan sobre la márgen del Bermejo, exha-

laban al suave balance de la brisa un quejido débil, pero perceptible como una voz humana; las aves callaban asustadas con la fúnebre tristeza de aquel día fatal y hasta las ondas del gran río parecían murmurar lamentos, voces extrañas que envueltas en cada ola vibraban al chocar sobre las piedras de la orilla un nombre querido que Dalma repitió mil veces y que las ondas y las selvas lo aprendieron.

Sentado sobre un montón de afiladas piedras se veía á Yáncatritz, no lloraba, pero sus ojos lucían con una mirada que podía muy bien confundirse con un principio de demencia.

Estaba pálido, contraído y volviendo con frecuencia la cabeza hácia atrás parecía esperar algo.

La hojarasca sonó de pronto, se entreabrieron las ramas y un hombre apareció; era Dalma, Dalma mas hermoso que nunca, con la risada melena á la espalda, la boca contraída y la mirada inflamada de una luz fosfórica, transfigurado, sublime en su dolor.

Llegóse al indio y deteniéndose ante él interrógolo con la mirada y la palabra.

—¿Cuándo arderá la pira?—dijo.

—Cuándo el sol se haya ocultado en el cielo—murmuró Yáncatritz enjugando sus lágrimas.

—Sora, luz de mis ojos!—esclamó Dalma prosternándose un instante miéntras que elevaba su mirada al cielo—yo te salvaré, pero si fuera tarde—agregó alzándose con las manos crispadas por el furor—si la pira ardiera y mi amor te perdiera para siempre: ay de la tribu! ay de sus hombres! Dalma se vengará—y el Inca volviéndose se internó de nuevo en la selva.

Yáncatritz quedó abismado, luego juntando las secas manos sobre el pecho.

—¡Que el grande espíritu te ilumine—dijo, y dejó caer la cabeza con profundo desaliento.

---Yáncatritz---murmuró á su oído una voz hueca.

El indio receloso se volvió.

---Farú!---murmuró poniéndose de pié.

---¿Y de qué te asombras, no me has llamado?

---Sí.

---¿Qué quieres?

---Que salves á Sora.

Farú lanzó una carcajada, sus ojos despidieron llamas y lívida por la pasión de un odio implacable.

—¡Salvarla!—repitió—; salvarla, cuando la aborresco, cuando ella es mi venganza!

—Mira, Yáncatriz, si el suplicio de Sora pudiera trocarse, yo inventaría otro mayor; ¿sabes que haría? la encerraría en la cueva de los jaguares para que la devoraran viva.

—Fiera!—gritó el infeliz padre horrorizado—tú eres peor que los tigres.

La loca se sonrió con feroz complacencia—; Cuánto la ama!—se dijo mirando el dolor del indio.

Yáncatriz alzó la cabeza, dió un paso hácia Farú.

—Si tú supierais quien es Sora, esa inocente niña que tanto martirizas y que vas á sacrificar.....

Farú no lo dejó concluir.

—Si yo supiera!—dijo—y que creis tú acaso insensato que Farú no sabe todo lo que quiere saber?

—No perdamos tiempo, tengo que revelarte un gran secreto, no pongo en duda el don de adivinación que te atribuye la tribu pero algo se ha ocultado á tu divina ciencia.

—Habla y concluye pronto, es tarde y no quiero que arda la pira sin estar yo allí.

—Sora no irá á la pira.

—¿Qué dices?

—Qué tú salvarás á Sora.

—¿Qué dice este hombre?—volvió á repetir Farú sin comprender á Yáncatriz.

—Digo—balbuceó el indio con la voz entrecortada por la emoción—que Sora es tu hija, es nuestra hija, es Lila.

—Mientes!—gritó la india con la mirada estraviada—mientes, tú mataste á mi Lila, yo no tengo hija, tú la abrazaste entre las llamas de la choza: ¿te acuerdas cómo ardió mi Lila, mi rosa blanca? pues semejante á entonces la hija de la cristiana, Nina, arderá hoy en la pira, yo misma le empujaré á las llamas, y Farú reirá de su agonía, Farú odia á Yáncatriz y á Sora.

—Escúchame—dijo Yáncatriz—yo no te engañaré, que el

grande espíritu maldiga y condene á su esclavo si no te dice la verdad—y el indio cayendo de rodillas se tendió boca abajo sobre la arena, hizo algunos signos misteriosos que Farú sin duda comprendió, porque como dominada por algo supremo, solemne, infinito.

—Habla—dijo—los hombres de tu tribu no juran en vano:

La voz de Yáncatriz visiblemente conmovida de emoción balbuceó:

—Sora es tu hija, yo la saqué de las llamas ántes que tú llegaras al incendio, la cristiana jamás me dió hijos. Sora ó Lila es tu hija es un pedazo de tus mismas entrañas, Farú tú eres su madre, Farú no seas parricida.

El anciano cacique se desplomó; las fuerzas agotadas por efecto de la revelacion que acababa de hacer se enervaron por completo, abrió los brazos y cayó inerte sobre la seca yerba, Farú dió un grito convulsivo y con los ojos fuera de las órbitas, presa de un estravío horrible se inclinó sobre el indio desmayado, sacó de su cintura un afilado puñal.—Si has mentado—dijo— tus ojos no verán la luz del nuevo sol y si has dicho verdad que el grande espíritu condene á Farú—y la loca infeliz, ebria de un odio insaciable atravesó de un solo golpe el corazón ya agonizante de Yáncatriz.

IV.

EL SUPPLICIO.

—Oh! que cambiada está Sora! La luna es menos pálida que sus mejillas, que su frente blanca y nítida como la hoja perfumada del azahar, la intensa pupila de sus negros ojos se apaga por intervalos, como la luz de esas antorchas fátuas que fabrican los indígenas con maderas resinosas y que se apagan y se encienden segun las oscilaciones que les imprime el viento de la noche. Los negros ojos de Sora semejantes á esas teas fantásticas se apagan y luego se brillantan, lanzan un destello divino producido por el recuerdo fánatico de Dalma.

Está tranquila, una resignacion incomprendible se nota espar-

cida en su rostro y en una sonrisa de inefable bienestar y dicha, entreabre sus labios empalidecidos por la pena moral. Una cuerda de lana enlazada á su delicado talle la amarra, anudada al tronco de una enorme palmera. Cíñele la cintura hasta la rodilla una manta blanca y tupida. La abundosa cabellera, como un negro giron de la noche, desciende de su cabeza en azulados espirales por sus hombros y su seno descubierto, envolviéndola como en un ancho manto de crespon, está tan bella, tan pura é interesante en medio de su sublime sacrificio de su inmenso dolor, que los indios que la custodian vuelven el rostro sin mirarla horrorizados del suplicio á que esta condenada. La jóven alza de vez en cuando sus ojos al cielo, piensa en Dalma y en Dios.

Sora no habia sido bautizada, pero sus creencias y sus aspiraciones eran de cristiana, su amante habíala iniciado en los misterios de la religion católica y ella habia escuchado con fé aquella santa doctrina, habia acatado sus preceptos y en el supremo instante de su vida esperaba confiada la resurreccion de su alma en otro mundo mejor. El alma casta de Sora parecia desprenderse y convertida en blanca emanacion circundar su cabeza prestándole un encanto misterioso, sobrehumano, algo como una nubecilla luminosa flotaba en torno de su frente, era sin duda el espíritu puro que se exhalaba en frecuentes suspiros de su boca.

De pronto los indios que la guardaban formando un cuadro se apartaron dejando un ancho claro, un gefe anciano penetró por él llegando á Sora.

—Hija de Yáncatriz—dijo con entonacion solemne—aun puedes salvarte, la tribu entera pide gracia para tí.

La jóven alzó sus grandes ojos medios apagados por el dolor, fijólos tranquila en el indio y esperó, éste prosiguió:

—Puedes salvarte, para ello solo pronunciarás algunas palabras y esa hoguera que se alza hoy, será desapilada y arrojada al viento sin arder.

—Hable el hermano—dijo Sora—yo diré lo que mi hermano me indique.

—Sora, hija de Yáncatriz—repuso el gefe animado por las palabras de la jóven—dobla tus rodillas.

Un indio jóven se acercó á la víctima, aflojó la cuerda que la oprimia el talle y Sora obedeciendo postróse en tierra.

—Ahora añadió el gefe—alza la voz, maldice tu amor sacrílego reniegá del Inca y jura por las leyes de tu tribu, por el grande espíritu, odio y exterminio al extranjero.

Sora semejante á una leona herida se alzó altiva, soberbia de dignidad y grandeza, sacudió la destrensada cabellera y con la voz inflamada por el corage.

—¡Bendito sea el Inca—gritó—bendito sea su amor, maldita las leyes de mi tribu que me separan de él en la tierra y bendita la voluntad del Dios único y verdadero que reunirá á Dalma y á Sora en el cielo!

Los gefes horrorizados se miraron con asombro como dudando de lo que habian oido, luego el indio que interrogára á la jóven hizo una seña, algunos indígenas se acercaron, uno de ellos desarrolló una cuerda que llevaba al rededor de su cintura y acercándose á la jóven espléndida de amor y de cristiana fé tomóle las manos, las unió enlazadas con la tosca cuerda y luego á una nueva seña del gefe comenzó la horrible tortura, semejante á un torniquete de hierro el cordel retorcido por la hérculea fuerza del indígena trituraba las delicadas muñecas de la víctima, algunos gritos desgarradores se exhalaban de la boca de Sora, miéntras que repetía con angustiosa voz:

---¡Dios mio, tened piedad de mí!

—Blásfema—dijo el gefe indio—has maldecido las leyes de tu tribu, sus leyes y su religion, has invocado el Dios de los cristianos y ahora vas á renegar de ese Dios y de ese amor sacrílego.

Sora se sonrió.

---¡Mátame—dijo—pero moriré creyendo y amando!

Los indios se miraron con estupor, en tanto la cuerda crugia penetrando en la carne tocando ya al hueso, la jóven comenzó á lanzar gritos cada vez mayores.

---Vas á morir en la hoguera---dijo el gefe—y tus cenizas serán arrojadas al viento malditas por toda una eternidad.

—Desprecio tus amenazas—dijo Sora suspendiendo sus ayes de dolor— esparce mis cenizas, maldícelas por toda una eter-

nidad, no importa, mi alma pura subirá á Dios y allá seré esposa de Dalma, en el cielo.

Con su última palabra se dobló su frente y enervada por horribles dolores dejóse caer inerte con la pesadez de un cadáver, el indio descorrió la cuerda, aflojó el nudo y libres del tormento, cayeron á lo largo de su cuerpo las muñecas mutiladas de la víctima; Sora, desmayada al pié del árbol, doblada la hermosa cabeza ya coronada por el martirio, parecia un ángel dormido con la santa resignacion de los mártires impresa en el rostro.

La bella niña Emeranciana no fué sin duda mas sublime que Sora en su hermoso sacrificio.

Un indígena desató la cuerda que la amarraba al árbol, y queriendo hacerla andar—levántate—dijo; Sora gimió, lanzó un suspiro y abriendo los ojos:

—No puedo!—articuló—ay! ay!

—Yo te ayudaré—dijo el indio compadecido de tanto dolor y hermosura, la jóven con las manos horriblemente mutiladas probó á ponerse en pié, pero al apoyarse en el brazo del indio arrojó un grito sin nombre, de supremo sufrimiento, arrancado por la fuerza del dolor que la torturaba, volvió á alzarse y ayudado por el indio lanzando desgarradores ayes se encaminó á la pira.

En tanto la tribu entera, mujeres y niños, jóvenes y ancianos, se agitaban en torno de la encendida hoguera. Un silencio sepulcral reinaba en el sitio fatal, todas las miradas se detenian sobre la indefensa víctima, esperaban ansiosos el sacrificio.

Lo mismo en las tribus salvajes, que en los llanos de la pampa, que en los pueblos civilizados, que en las grandes ciudades, es repugnante el espectáculo que ofrece ese pueblo ávido, siempre curioso y dispuesto á presenciar una ejecucion, con igual regocijo, con igual alegria que si fuera á presenciar una funcion teatral. El pueblo madruga, se atropella, sube, se revuelve, brama como una ola inmensa, invade la plaza de la ejecucion y quieren disputarse el derecho salvaje de ver

el espectáculo, verlo todo, oirlo todo, la detonacion, el desplome del infeliz reo que se revuelve con las postreras convulsiones de la agonía, su última palabra, su vacilacion ó energía, la ferocidad de que hace alarde, ó el respeto religioso que lo postra en la última prueba de la vida del criminal, quieren, en fin, escuchar el estertor de la agonía, y por último al desilar la tropa desfila el pueblo tambien con la intencion. ¡Impios! de palpar el cadáver aun tibio, de observar la espresion que contrae su rostro empalidecido por la muerte y ese pueblo no se compone solo de hombres, no; allí se ven mujeres y niños, hasta lujosas damas en conocidos carruajes, como se vieron en la última ejecucion que tuvo lugar en Buenos Aires, en la plaza chica, tras el cementerio de la Recoleta. Vergüenza! horrible deprabacion que estremece el alma sintiendo un desprecio infinito, hácia esos seres cuyos corazones desprovistos de todo noble y humanitario sentimiento, inspiran solo horror y una idea de ináudita ferocidad.....

La voz del jefe se dejó oír—Sora! dijo—vas á morir—el grande espíritu ha inspirado á Farú y su fallo te condena á la hoguera, prepárate y que el grande te perdone.

—Mi alma está con Dios, mi pensamiento en Dalma,—exclamó la jóven y tomando aliento un segundo—prosiguió: Los hombres de mi tribu son malos, la maldicion de Dios caerá sobre ellos, el inca se vengará y ay de la tribu—la selva se enrojecerá con sangre toba y el fuego incendiando todo, devorará las chozas—y la hermosa india ya próxima á la pira, entonó con voz lúgubre y quejumbrosa como la armonía de la muerte un canto divino, eco celestial del alma inspirado por el recuerdo fanático del inca.

Dalma, rey mio, tu esclava fiel vá á morir por tí. Cuando el sol se oculte, Sora arderá en la pira, y este cuerpo que tanto amó Dalma, solo será tibia ceniza que el viento de la noche depositará á sus piés.

El deliquio sublime del amor lo hallaremos en el cielo, allí donde se ama con la pureza de los ángeles. Mi alma vivirá y el espíritu de Sora vagando entre las tizieblas de la aurora ó en-

Entre los vapores indefinibles del crepúsculo de la noche, seguirá al amado de su alma imprimiendo en su hermosa frente ósculos impalpables.

Dalma—entonó la jóven ya en el centro de la hoguera que comenzaba á arder—Dalma hermosa, Dalma valiente, inca noble, muero tranquila con la fe de los mártires, espero en la union indisoluble de nuestras almas, en las salas azules de claridad inmortal. Selva virgen de mi patria, escucha el dulce nombre de Dalma para que en eternos himnos lo repitas siempre, auras vagaroras de la noche, repetid entre los oscuros besos del alba el nombre de mi amado. Olas adormecidas del Bermejo, escuchad el nombre de Dalma y repetid como lo repite Sora al desmayar tus perezosas espumas sobre la desierta playa. Palmeras de los bosques, sacudid el verde penacho de tus ramas y guardad entre los abanicos de tus hojas, dos nombres eternamente unidos: Sora y Dalma.

El humo ahogaba por intérvalos la voz de la anímosa jóven, las llamas como infernales lenguas de fuego cercaban su cuerpo; gruesas espirales de humo la envolvian y solo su eco se escuchaba con asombro de todos.

El viento remolineando hizo oscilar la humareda y en el despejo rápido de las llamas, se pudo ver á Sora, en el centro de la pira, con los brazos alzados al cielo todavia de pié y se oyó su acento que apenas se percibia, repitiendo:

—¡Adios padre! adios Dalma, hasta el cielo: adios! —Las llamas la cubrieron y nada se vió ya.....

En aquel mismo instante los indígenas en crecido número arrojaron casi á la vez un alarido salvaje, millares de flechas como venidas del cielo cayeron sobre ellos y otros tantos indios de distintas y enemigas tribus, con el inca á la cabeza se precipitaron como una tromba infernal sobre los indios tobas y una lucha sangrienta se produjo allí. En medio de la horrible confusion, una voz frenética dominó el fragor de la pelea, era la voz de Farú que tarde llegaba para salvar á su inocente hija, abrióse paso entre la feroz matanza y llegando al borde de la pira, penetró envuelta entre el humo y las llamas, trepó por los abrasados leños; un gemido, un llanto de agonía, último eco de la dulce voz de Sora llevo á Farú.

—¡Mi hija,—Lila!—gritó la loca arrojándose en el centro del incendio, Sora estaba aun de pié; Farú abrió sus brazos cubrió con su propio cuerpo el cuerpo chamusqueado de su inocente hija y como el ángel sublime de la salvacion, cruzó el espacio incendiado y libre de las llamas, huyó con la jóven inanimada en los brazos.

¡Farú la loca era madre y las madres son capaces de todo por un hijo!

V.

ÚLTIMOS INSTANTES DE LOS DOS AMANTES.

El vaticinio de Sora se habia cumplido, el campo toba ardia preso de un fuego voraz, cientos de cadáveres aun palpitantes se retorcian quemados en espantosa agonía. La selva dando incremento ardia como una hoguera colosal; los pocos seres que escapaban de aquel volcan ardiente, huian buscando un refugio en las orillas del Bermejo, unos llegaban, otros caian sofocados por el humo de la mortífera atmósfera; las fieras horrorizadas se lanzaban temblorosas de espanto fuera de la encendida selva, y deslumbradas por la voracidad de las llamas agrupábanse mezcladas con los hombres sin asertar con la direccion salvadora. Las aves sorprendidas en su nido remontaban el vuelo, mas la espesa humareda cambiaba el giro de sus trémulas alas y caian convulsivas sobre la quemada yerba: los árboles añosos invadidos desde su base por el fuego, retorcian sus viejos corazones y sus cabezas agigantadas se doblaban en tierra y hasta la ceniza de su corteza era consumida en breve. Las palmeras aguardentosas, se resistian, exhalaban quejidos—mudos que el monstruo parecia no comprender, sus troncos nudosos se abrian con estrépido y semejantes á un casco incendiado de aguardiente, producian una detonacion al lanzar fuera la sabia alcohólica de sus entrañas.

De tiempo en tiempo un alarido salvaje, una imprecacion horrible era envuelta con el chisporroteo de las llamas. Las tribus enemigas despues de una lucha desigual y san-

en sí de su amoroso arrobamiento escuchó un instante, el gemido se repite y Dalma dando un grito indefinible se lanza en carrera por las escarpadas grietas, en su rápido descenso se detiene, el gemido se oye mas cerca, á su lado, vuelve los ojos en derredor y percibe á pocos pasos un montón de hojas frescas de laurel y timbó, y sobre ellos el cuerpo de un ser humano, Dalma corre allá, se inclina temblando de esperanza y al fijar sus ojos sobre aquel rostro empalidecido por la muerte, lanza un grito cayendo de rodillas, luego restrégase los ojos, aparta ansioso el cabello que cubre en parte la frente de la moribunda y en aquel mismo instante la luna iluminando su pálido semblante, muestra á Dalma la verdad. Un sollozo inmenso alza su noble pecho—; Sora!—dice con una inflexion indefinible y tomando en sus brazos el cuerpo mutilado de su amada, apreta con sus labios ardientes la boca helada de Sora, busca en sus divinos ojos un rayo de luz y solo encuentra la enturbiada retina velada por el postrer vapor de la vida, su corazón late, pero tan débilmente que apénas un leve soplo entreabre su boca inanimada; muere sin resistencia como mueren los ángeles y las aves.

• Gruesas lágrimas se desprenden de los ojos del Inca, aquellas lágrimas empapan la frente de la moribunda y parecen condensarse sobre su bella cabeza formando una auréola de perlas luminosas, millares de besos imprime sobre su boca, sus manos, sus ojos y hasta sus castos hombros.

—Sora! alma mia—le dice,—Dalma no quiere que mueras, vive luz de tu dueño, vive, que para reconstruir tu vida, yo te daré la sangre de mis venas, yo calentaré con mi aliento tu corazón, yo te daré la vida con mis besos, y el infeliz amante trastornado con un dolor superior á las humanas fuerzas arrullaba convulsivo contra sus brazos el cuerpo yerto de la hermosa india. Ésta sin duda en medio de su eterno sueño sintió el duelo que despedazaba el alma de su amado, y volviendo por una suprema permision un instante á la vida, pareció conmoverse, abrió los negros ojos mas diáfanos y brillantes, bañados de una luz, de un fulgor inmortal, lanzó un ligero grito reconociendo á su amado:

—; Dalma!!—dijo—gracias Dios mio,—y buscando febril los

labios de Dalma sellaron sus almas un beso supremo, infinito, desesperado con el afán de la última caricia, aquel beso era la promesa inmaculada, el juramento eterno de sus corazones, promesa evaporada en la tierra y cuya realización dulce é inmortal lo esperan los mártires en el cielo, aquel beso era el alma entera de Sora confundíndose al desprenderse de la materia con el alma enamorada de su amado. Sus labios animados un instante por un calor desconocido, enfriáronse poco á poco sobre la boca de Dalma, sus brazos se desprendieron suavemente, lanzó un leve suspiro; su boca yerta como el mármol se comprimió tres veces para volverse á abrir, sus ojos se entornaron, y fijándolos dulcemente en los ojos de Dalma, se cerraron para siempre cayendo su cabeza atras.

La luna! esa lámpara sepulcral que ilumina tantos dolores durante las horas de su rápido reinado, rasgó las enturbiadas nubes, se detuvo fija en medio de los cielos desprendiendo un destello de su corona de luces menos puro sin embargo que la vírgen muerta, circundó su cabeza y su luz temblorosa de codicia, recibió el último suspiro de Sora, luego formó en un instante un foco luminoso sobre la frente abatida del Inca, rodeoló cariñoso un torbellino de ténues reflejos y replegándose sobre su propio rastro, subió el alma blanca de Sora confundida con los rayos transparentes de la luna.

—Dalma no te sobrevivirá—murmuró el Inca con la voz vibrante de lágrimas,—el quiere morir con Sora, amada mia, allá serás mi esposa, allá en una union indisoluble vivirán unidas eternamente nuestras almas, y al hablar así, señalaba al cielo.—

Postrado ante la jóven permaneció un instante, luego poniéndose de pié tomó en sus brazos el cadáver y se encaminó á la orilla del rio, al cruzar un sendero un cuerpo extraño lo detuvo, era el cadáver de la infeliz Farú horriblemente llagado por el fuego y muerta despues de haber depositado á su hija sobre un monton de hojas frescas de laurel, la infeliz no pudo volver al socorro de Sora ya agonizante, sorprendióle la muerte en momentos de traer un manojo de yerbas medicinales para templar el dolor de las heridas de su inocente hija sacrificada por ella.—Hija mia, mi

Lila.—fué lo único ya que articularon sus lívidos lábios, despues espiró.

El Inca dió con el pié al cadáver de Farú, llegó á la orilla y oprimiendo contra su pecho el cadáver de Sora en los brazos, unió su boca á la yerta boca de ésta y precipitándose en las aguas, buscó una tumba digna de su amor sublime en el fondo del Bermejo.

Un instante despues dos blancas nubecillas surgían de las aguas, flotaban un instante sobre la quieta superficie y luego elevándose en el aire, subian al cielo confundiéndose con los rosados albores de la aurora, eran el alma de Sora y de Dalma convertidas en celeste emanacion.
